

“De buenas a primeras, los *marshalls* que nos cuidaban desaparecieron. Ellos me habían pedido los teléfonos míos; no sabía lo que estaba sucediendo. Eran del grupo que sacaría al niño de la casa”.

REENCUENTRO

22 de abril. De un carro policial, a un helicóptero, a una aeronave. El niño sobreviviente del naufragio parte del infierno, tildado por Fidel así. La Fiscal General Janet Reno anuncia a través de la cadena CBS: “Ahora Elián está en avión en dirección a la base aérea Andrews en Washington DC, donde se reunirá con su padre”.

“Salimos para el aeropuerto —rememora Juan Miguel—. En el camino, los mismos *marshalls* que rescataron al niño me hicieron una llamada telefónica y me lo pusieron. Estaba llorando. Hablo con él: Tranquilo, son amigos míos. Papa, nos vamos a ver.

“Cuando el avión aterrizó, entró en un hangar. Recuerdo que me prestaron un sobretodo para el niño, porque a él lo habían sacado de la casa en una colcha y en calzoncillos. Atravesé todo aquel hangar hasta llegar al avión. Subí la escalera, y en uno de los asientos de atrás fue que pude ver que la *marshall* que lo sacó, la psicóloga, lo tenía agarrado. Llegué adonde él estaba... (PAUSA). Dicen que al abrazarnos, si se caía una aguja se iba a sentir el ruido”.

Ahora, vuelve el silencio, y si se cae otra aguja, la escucharemos también. Imaginamos al padre cubriendo con el sobretodo al hijo, al hijo anclado al pecho infinito del padre, y al padre cautivo entre dichosas y viriles lágrimas, después de casi cinco meses de secuestro.

¿De quién parte la idea de que la maestra, compañeros de clases de Elián y un primo viajaran a EE. UU. a finales de abril?

De Fidel. Él buscaba el bien y la tranquilidad del niño, su recuperación rápida y que no perdiera su año de clases. Por eso, mandó a su maestra, también a la doctora que lo atendió en los primeros años. Siempre estuve presente en el Comandante que el niño no sufriera ningún tipo de trauma.

EL OTRO ABRAZO

La injusticia, al banquillo. Por fin, el 28 de junio la Corte Suprema de EE. UU. desenredó la madeja judicial en torno al caso —denunciada por Fidel en todos los estrados posibles—, al denegar la solicitud de interdicto presentada por los abogados de la mafia cubano-americana, que impedía el regreso de Elián a Cuba.

“En medio del desespero de salir corriendo para el aeropuerto, recibo la llamada de nuestro Comandante. Me tranco en un baño para hablar con él y me dice: ‘Juan Miguel, ganaste la pelea, la ganaste bien ganada. No debes salir de apuro. Debes tomarte tu tiempo y salir victorioso. Si sales rápido para el aeropuerto, sería como que estuvieras huyendo de Estados Unidos’. Eso me costó que tuve que estar durante horas trancado en el cuarto. Los *marshalls*, que ya tenían la decisión de llevarnos para el aeropuerto, me tocaban en la puerta y yo: Voy, voy. Eso nos da la idea nuevamente de la gran visión de nuestro Comandante”.

En horas de la tarde de ese día 28, usted ya viajaba rumbo a Cuba con Elián, su esposa Nersy y el otro hijo. ¿En qué pensó cuando estaba sobre el avión?

“Sí me sucedió otra cosa. Venía de un lugar donde tuve tanta desconfianza que no estaba seguro adónde iba en ese avión. Había pasado mucho en el tiempo que estuve allá: las amenazas con el posible secuestro del otro niño; inclusive, después que ya tenía a Elián, me decían que se iban a llevar a los dos. Eran amenazas constantes, lo mismo por teléfono que por cartas.

“Por eso, no estaba seguro adónde iba a aterrizar; eso sí me creó una confusión. No sé si se dieron cuenta de que al llegar al aeropuerto, bajo del avión con el niño medio que tranca’o, inseguro, porque todavía no sabía dónde estaba pisando. Podían haberme cogido y llevarme para otro lado. Y veo los alumnos, la familia, la escuela; ahí me percaté de que estoy en el aeropuerto José Martí, y entonces suelto al niño” (SILENCIO PROLONGADO).



Padre e hijo retornaron a Cuba el 28 de junio del 2000. /Foto: Getty Images

El día del recibimiento faltaba alguien en el aeropuerto para compartir con ustedes la dicha del retorno.

Él faltaba como falta hoy, físicamente; pero estaba más presente que nadie, porque estuvo pendiente de lo más mínimo que sucedía. Pero esa noche sí pudimos compartir con él. Después de comer, de habernos tomado unas copas de vino, cuando conversábamos apartados de toda la familia, despidiéndome él en la escalinata del Consejo de Estado, me sentí un descenso; se me comenzó a nublar el rostro del Comandante y le dije: Jefe, me caigo. Y él me abrazó y empezó a dar gritos al médico. Enseguida acudieron y me explicaron que era por el estrés. Lo que se siente al conocer a Fidel lo pude sentir esa noche.

Sin él, sin sus decisiones sabias, sin su presencia física en cada acto, en cada marcha, sin su liderazgo yo creo que esto no hubiera sido posible.

LA PETICIÓN

Nunca antes fueron tan cotidianas las idas y venidas del líder cubano a Cárdenas. Allí celebró varios cumpleaños de Elián en su escuela; asistió a las graduaciones del primer y sexto grados del niño —nacido el 6 de diciembre de 1993—; visitó a su familia.

“Que un Presidente venga a visitar tu casa, estar toda una madrugada, y poder compartir lo poco que uno tiene de comer, lo poco que uno tiene de beber, para mí ha sido el privilegio más grande que pude haber tenido en mi vida. Esas cosas todavía a uno le parecen que son mentira”.

¿Le hizo alguna petición a Elián, a quien consideró su amigo?

“Fidel ya tenía a Elián como si fuera su propio hijo. Al terminar el lanzamiento del libro *La victoria estratégica* (2 de agosto del 2010), me pidió personalmente que le prestara a Elián, y se lo llevó para su casa. Almorzó con él; le preguntó sobre qué pensaba estudiar y le dijo, además, que debía ser bueno en algo. Elián es hoy ingeniero industrial y le está, como la familia, muy agradecido a Fidel, dondequiera que esté, porque para nosotros está”.

Y para muchos. Quijotesco, rebelde, con sus manos larguísimas, eternizadas por Guayasamín, cuyos trazos descubro en una pared en la casa de Juan Miguel.

Indago por la pintura, regalo de la familia del artista; pero no por aquel lunes 22 de noviembre de 1999. Había pasado el fin de semana y el candado seguía colgado de la soledad en la puerta de la vivienda de Elizabeth, madre de Elián. “¡Qué raro!”, se dijo el padre. En ese instante, a varias millas de la costa, la lancha se abismaba poco a poco en el océano, en el naufragio.

El compromiso de Carlos Javier

Un año después de la muerte de Fidel Castro, este estudiante preuniversitario rememora el impacto de la noticia

Yanela Pérez Rodríguez

Un año transcurrió ya desde que en la mañana del 26 de noviembre Carlos Javier Valle Díaz llegara al Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas (IPVCE) Eusebio Olivera con un sentimiento encontrado de incredulidad y tristeza.

El de aquel día fue, según él mismo evoca, el mejor matutino que se ha hecho en la escuela. Detalles específicos matizaron la impresión que guardó: la solemnidad del paso firme y la orden de descanso; la musicalidad y el acople de las notas del Himno de Bayamo.

Con nitidez recuerda este estudiante de duodécimo grado las emociones infinitas de aquella fecha: la plaza tomada por las voces de los profesores Rolando y Adolfo que enaltecían a un hombre por su capacidad de liderazgo. Con cada escena que narraban brotaban nuevas cualidades, y algunas se agolpaban sobre otras, de tantas. Ni siquiera la palabra muerte pudo quitarle la gloria a la lección matutina de frases a ratos entrecortadas.

¿Cómo honrar a Fidel desde el corazón de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media y convertir el vacío sobrecogedor en tributo? La pregunta comenzó a rondarle a Carlos Javier desde que supo la noticia. Mientras iba rumbo al IPVCE con la primera luz del amanecer, encontró las ideas que buscaba: tomar el cuadro del Comandante en Jefe que colgaba en el aula para situarlo en medio de la plaza.

“¿Dónde lo puedo poner?, quiero verlo”, le dijo a Miguel Castellanos, el director, con la foto entre las manos. A Carlos Javier hoy aún le parece insuficiente aquella actitud que fue “el único homenaje que podía hacerle a Fidel”. Luego, surgió la idea más bien colectiva, de colocar un libro de condolencias para que recogiera la conmoción y poco a poco acudió el alumnado.

Si algo sorprendió a Carlos en medio del suceso que trastornaba la rutina de Cuba y hasta del mundo, fue la espontaneidad de sus compañeros para firmar el libro, el compromiso natural, la madurez de cada temperamento que floreció en medio de la peor de las noticias; cada quien puso en sus ojos el dolor, y como nunca antes se reconocieron entre sí, con una misma causa: la admiración por Fidel Castro.

“Siempre quise conocerlo personalmente”, confiesa el estudiante, pero al decirlo, uno casi llega a pensar que está vivo, y quizá lo está, en el recuerdo de cada pino nuevo, como escribiera el Apóstol, al referirse a las nuevas generaciones.

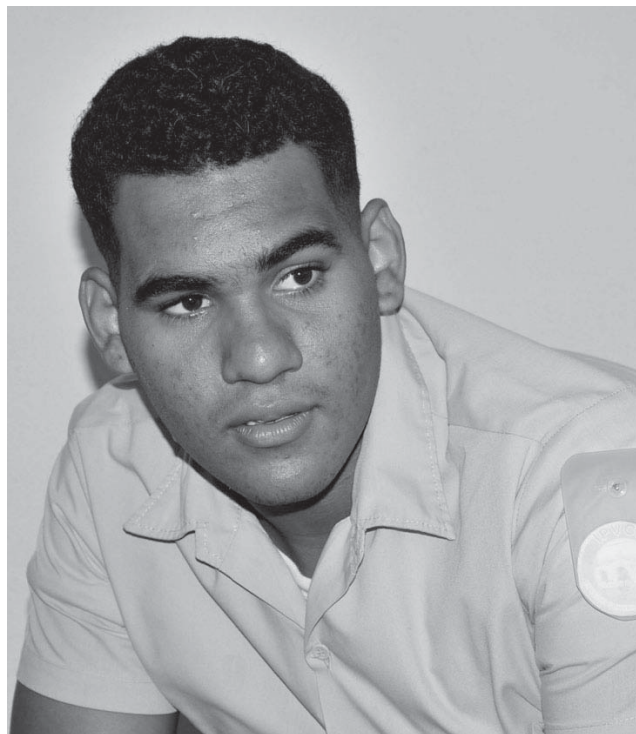
Asomado en ese gigante que fue José Martí, llegó Carlos Javier por un hilo invisible hasta Fidel, dos hombres que alumbraron el destino de una nación, definitivamente: “El Maestro era un visionario, porque supo plantear todos los problemas que debían solucionarse para organizar la guerra, hay que estudiar y conocer su obra que es tan vasta, y todo en una sola personalidad. Fidel fue el que más lo siguió, por eso dijo que Martí fue el au-

tor intelectual del Moncada, y que para lograr una Revolución y que Cuba fuera libre y soberana, era necesaria la vía armada”.

Apasionado por la Historia de Cuba, cada hora de lectura ha sido un puntal de sostén para el amor a la Patria que se destaca en este estudiante espirituario, muy lejos del discurso superficial que a veces busca reconocimientos. “Un pueblo sin historia no podrá ser libre”, parafrasea al líder, lo evoca como si cada vez fuera más suyo el esplendor del hombre de carne y hueso.

Participante en el concurso nacional de Biología, evento al que ha dedicado muchas horas de preparación, este jovencito de 17 años reconoce el privilegio de estudiar en una institución creada por Fidel para reafirmar la ciencia como el futuro de los hombres y mujeres de la Revolución. “Lo que más admiro de él es su sencillez y su humanidad, me impresionó mucho saber que el soldado enemigo que caía herido en la lucha revolucionaria Fidel exigía que fuera atendido, eso demuestra la fibra del gran ser humano que era”.

Para comprometerse radicalmente como cubano agradecido y honrar la memoria de los patriotas que le antecedieron, Carlos Javier aspira a estudiar Relaciones Internacionales y asumir como él mismo sueña las misiones que le puedan dar: “Hay que salvar la Historia y los logros de la Revolución, aunque haya que poner en riesgo la vida y la cercanía con la propia familia, como lo hicieron Antonio, Gerardo, René, Fernando y Ramón”.



“Lo que más admiro de él es su sencillez y su humanidad”, afirma el estudiante. /Foto: Vicente Brito

